

I

He dudado mucho antes de emprender el relato de mi viaje a W. Me he decidido hoy impulsado por una necesidad imperiosa, persuadido de que los acontecimientos de los cuales he sido testigo deben ser revelados y sacados a la luz. No me he ocultado a mí mismo los escrúpulos —no sé por qué iba a decir los pretextos— que parecían oponerse a una publicación. Durante largo tiempo he querido guardar el secreto de lo que había visto; no me correspondía a mí divulgar nada sobre la misión que me había sido confiada, en primer lugar porque quizás esta misión no fuera cumplida —¿quién hubiera podido llevarla a buen término?— y después porque quien me la confió también ha desaparecido.

Durante mucho tiempo me mantuve indeciso. Lentamente olvidaba las inciertas peripecias de ese viaje. Pero mis sueños estaban poblados por aquellas ciudades fantasma, por aquellas carreras sangrientas cuyo clamor multitudinario creía oír todavía; por aquellas oriflamas desplegadas laceradas por el viento del mar. En estos

recuerdos sin fondo se confundían la incomprendión, el horror y la fascinación.

Durante mucho tiempo he buscado los rastros de mi historia, he consultado mapas y anuarios, rimeros de archivos. No he encontrado nada, y en ocasiones me parecía haber soñado, que no hubo más que una pesadilla inolvidable.

Hace... años, en Venecia, en un figón de la Giudecca, vi entrar a un hombre a quien creí reconocer. Me precipité hacia él, si bien balbuceando ya algunas palabras de excusa. No podía haber supervivientes de aquello. Lo que mis ojos habían visto, realmente había sucedido: las lianas habían desunido los empotramientos, el bosque había devorado las casas; la arena invadía los estadios, los cormoranes se abatieron a millares y repentinamente se hizo el silencio, el silencio glacial. Pase lo que pase, hiciera lo que hiciera, era el único depositario, la única memoria viva, el único vestigio de ese mundo. Y esta consideración, más que cualquier otra, me ha decidido a escribir.

Un lector atento indudablemente comprenderá que de lo anterior se sigue que, en el testimonio que me dispongo a dar, fui testigo y no actor. Yo no soy el héroe de mi historia. Tampoco soy exactamente el cantor de la misma. Aunque los acontecimientos que he visto hayan alterado el curso hasta entonces insignificante de mi existencia, aunque todavía graviten con todo su peso sobre mi comportamiento, sobre mi modo de ver,

para relatarlos quisiera adoptar el tono frío y sereno del etnólogo: yo he visitado ese mundo ya disipado y he aquí lo que he visto. No es el furor birviente de Acab lo que me habita, sino la blanca ensoñación de Ismael, la paciencia de Bartleby. Es a ellos a quienes solicito, una vez más, después de tantas otras, que sean mis sombras tutelares.

Con todo, a fin de cumplir una regla casi general, y que por lo demás no discuto, daré ahora, con la mayor brevedad posible, algunas indicaciones sobre mi existencia y, más exactamente, sobre las circunstancias que decidieron mi viaje.

Nací el 25 de junio de 19..., alrededor de las cuatro, en R., aldehuela de tres fuegos, no lejos de A. Mi padre tenía una pequeña explotación agrícola. Murió de resultas de una herida antes de que yo cumpliera los seis años. Apenas dejaba más que deudas y toda mi herencia consistió en unos cuantos objetos, un poco de ropa y tres o cuatro piezas de vajilla. Uno de los dos vecinos de mi padre se ofreció a adoptarme; crecí entre los suyos, mitad como hijo, mitad como mozo de labranza.

A los dieciséis años abandoné R. y me dirigí a la ciudad; durante cierto tiempo ejercí allí diversos oficios, pero al no hallar ninguno que me agradara acabé alis-tándome. Acostumbrado a obedecer, y dotado de una resistencia física poco común, hubiera podido ser un buen soldado, mas pronto me percaté de que nunca me

adaptaría verdaderamente a la vida militar. Tras pasar un año en Francia, en el Centro de Instrucción de T., fui enviado de maniobras; en ello pasé más de quince meses. En V. deserté con ocasión de un permiso. Protegido por una organización de objetores, conseguí llegar a Alemania, donde estuve mucho tiempo sin trabajo. Finalmente me instalé en H., muy cerca de la frontera luxemburguesa. Había encontrado un puesto de engrasador en el principal garaje de la ciudad. Me alojaba en una pequeña pensión familiar y pasaba la mayoría de las veladas en una cervecería viendo la televisión o, en ocasiones, jugando al chaquete con alguno de mis compañeros de trabajo.